



Autobiografía, Charles Chaplin [trad. Julio Gómez de la Serna], Barcelona, Lumen, 2014, 711 pp.

Un comediante descubre el mundo, Charles Chaplin [trad. José Jesús Fornieles Alférez], Almería, Confluencias, 2014, 197 pp.



«Hay muchas cosas que quiero hacer; además de tener unos cuantos guiones inacabados, me gustaría escribir una obra de teatro y una ópera, si el tiempo me lo permite». Así se manifestaba a los 75 años de edad Charles Chaplin, que publicaba en 1964 sus memorias, poco antes de realizar la que sería su última película, *La condesa de Hong Kong* (*A Countess from Hong Kong*, 1967). El centenario en 2014 del personaje del vagabundo ha servido para volver sobre el legado de Chaplin con diversas revisiones de su obra. Ahí están, por ejemplo, el esfuerzo de Donna Kornhaber por trazar sus rasgos estilísticos en el libro *Charlie Chaplin, Director* (Evanston, Northwestern University Press, 2014), la nueva biografía

de Peter Ackroyd (*Charlie Chaplin, A Brief Life*, Londres, Chatto & Windus, 2014) o el estudio de David Robinson que completa la edición de la Cineteca de Bolonia de la novela inédita del cómico, *Footlights*, descubierta también en 2014. En el mercado español, dos hechos destacados han sido la recuperación de su autobiografía (a cargo de Lumen, que revisa la edición de Debate de 1989) y la aparición de la crónica del viaje que llevó a cabo por Europa a principios de los años 30 para promocionar *Luces de la ciudad* (*City Lights*, 1931).

Como demuestra el hecho de que Chaplin cierre sus memorias confesando su interés en componer nada menos que una ópera, el libro no supone, ni mucho menos, la clausura complaciente de una obra o una vida. En su recorrido, apenas se detiene en los aspectos morbosos que le tocó vivir, como la muerte de Thomas Ince o la defenestración de Roscoe Arbuckle, o en recordar a sus ayudantes más fieles, como Henry Bergman o incluso Eric Campbell, el actor fundamental de la etapa de la Mutual que murió de forma prematura en un accidente de coche a finales de 1917. Chaplin reevalúa su trayectoria, confesando sus dudas y volviendo sobre algunas de sus decisiones más arriesgadas, como su oposición inicial al cine sonoro: «Aunque *Luces de la ciudad* fue un gran triunfo y produjo más dinero que ninguna otra película hablada de aquella época, creía que otra película muda sería perjudicarme a mí mismo; además, estaba obsesionado por el deprimente temor de parecer pasado de moda. Por artística que fuese una buena película muda, tenía que admitir que el cine sonoro daba una mayor presencia a los personajes» (p. 512).

Llama la atención esta reiterada expresión de las dudas en alguien que entiende el oficio cinematográfico como una labor individual. Sin embargo, este rasgo le permite tratar con cierta distancia una carrera muy osada que llegó a interferir en la política exterior norteamericana. La incomodidad del gobierno estadounidense ante el estreno de *El gran dictador* (*The Great Dictator*, 1940) conforma uno de los ejemplos más claros del valor de intervención del cine: «[H]abía sido citado para entrevistarme con el presidente Roosevelt, a cuya petición habíamos enviado la película a la Casa Blanca.

Cuando me condujeron a su despacho privado me saludó diciendo: “Siéntese, Charlie; su película nos está dando muchos quebraderos de cabeza en Argentina”. Este fue el único comentario que me hizo sobre ella. Un amigo mío lo resumió después diciendo: “Fuiste recibido en la Casa Blanca, pero no abrazado”» (p. 570).

Los problemas se harían más que evidentes con la fiebre anticomunista del maccarthismo en el inicio de la Guerra Fría, que obligó a Chaplin a embarcarse a Europa con su familia «harto de los insultos de Estados Unidos y de su moral farisea» (p. 652). El establecimiento definitivo en Suiza le llevaría a la conclusión de que su obra, incluida la escritura de las memorias, es un paso hacia la próxima estación: «No tengo ni un plan de vida ni ninguna filosofía, ya que, sabios o locos, todos tenemos que luchar con la vida. Titubeo entre contradicciones; a veces las cosas nimias me molestan y las catástrofes me dejan indiferente» (p. 685).

La recuperación de Chaplin se completa en España con la publicación de su libro *Un comediante descubre el mundo* (*A Comedian Sees the World*), escrito diez años después de *Mis andanzas por Europa* (*My Trip around Europe*, editado por Evohé en 2010) y que supone un borrador ampliado de las experiencias que el cómico relataría en los capítulos 22 y 23 de sus memorias. Al igual que había hecho con su primer libro en que narraba su viaje por Europa para promocionar *El chico* (*The Kid*, 1921), Chaplin se toma unas largas vacaciones tras la realización de *Luces de la ciudad*, asediado además por la reclamación de impuestos del gobierno norteamericano y por los ataques de la prensa conservadora a raíz de su divorcio de Lita Grey. En este nuevo viaje al viejo continente (con escalas en Argel, Asia y Japón), el cineasta presenta la película en las distintas capitales, sacando partido a su inmensa fama para reunirse con mandatarios europeos e intervenir en los asuntos de la política internacional, tan convulsos a principios de los años 30. Es así como en febrero de 1931 parte hacia Londres y no volvería a Estados Unidos hasta el año siguiente. Chaplin confiesa la huida que motiva su viaje («La desilusión del amor, junto a la fama y la fortuna, me han dejado, de alguna forma, apático. Parece trivial, pero necesito salir

de mi trabajo ya que, después de veinte años, se está convirtiendo en algo fastidioso», p. 39), que concluye con la convicción de la función de denuncia social de su trabajo: al volver a Nortemérica, en su largo regreso a California desde Seattle, contempla la riqueza del paisaje («paso a través de las ricas granjas de Washington, por los densos bosques de pinos de Oregón y por los viñedos y pomares de California», p. 197) y sentencia que «parece imposible pensar que hay diez millones de parados esperando trabajo, cuando tanta riqueza es evidente» (*ibid.*). Su próxima película sería *Tiempos modernos* (*Modern Times*, 1936), en la que sueña con una sociedad justa donde los obreros pueden disfrutar de los frutos que cultivan en los jardines de sus casas.

Un comediante descubre el mundo recoge las cinco crónicas del viaje que Chaplin publicó en *Woman's Home Companion* y que siguen una estructura muy clara. La primera se centra en su visita a Londres, que incluye la vuelta al orfanato donde pasó parte de su infancia («los años más infelices de mi vida», p. 69). La segunda crónica relata su periplo por ciudades y países como Holanda, Berlín, Viena, Venecia y París. En la tercera, el cineasta viaja de París a Niza y de ahí, a Argel. En la cuarta parte, leemos su estancia en Biarritz y San Sebastián (donde asiste a una corrida de toros), mientras que en la última crónica recoge sus impresiones de lugares como St. Moritz, Roma, Singapur, Bali y Japón en su etapa de regreso ya a Estados Unidos.

Chaplin alterna momentos de descanso (su iniciación en el esquí con Douglas Fairbanks en Suiza) con la visita cultural (la casa de Shakespeare en Stratford-upon-Avon) y encuentros con distintas personalidades para hablar de cultura y política. Con George Bernard Shaw discrepa de la función del arte («¿no era él quien decía que todo arte era mera propaganda? Para mí, semejante premisa restringiría el arte», p. 56), pese a no atreverse a intercambiar con él sus impresiones («sabía que en esa controversia sería vencido por su inteligencia», p. 57) y debate con personalidades como Gandhi, Frank Harris o H.G. Wells sus ideas sociales, sin llegar a exponérselas, de todos modos, a Mussolini, ya que el encuentro se frustra por la agenda del dirigente italiano.

El carácter del cómico se vislumbra cuando relata sus inicios en el cine con Mack Sennett y su fama de actor «difícil», aunque el mayor interés del relato de Chaplin aparece en su empeño por participar en el debate político internacional. Chaplin entendió, desde el principio de su carrera, que su función como artista conlleva el compromiso social, y que la fama puede constituir una herramienta idónea para ser escuchado. Así, en una cena con el ex-primer ministro británico Lloyd Gorge, Chaplin aprovecha su discurso para expresar sus ideas: «Querría un gobierno que expropiara los bancos y que revisara muchas leyes, como las que rigen la Bolsa. Crearía una oficina gubernamental de Economía que controlara precios, intereses y beneficios (...) Me esforzaría por elevar el nivel de vida de la gente (...) Apoyaría la reducción de las horas de trabajo y un mínimo salarial digno para todos los hombres y mujeres a partir de los veintiún años. Apoyaría a las empresas privadas en tanto no entorpecieran el progreso o el bienestar de la mayoría» (pp. 67-68). Son ideas para dar respuesta a una situación política de gran inestabilidad: así leemos cómo, en su visita a Alemania, Chaplin se reúne con miembros del Reichstag que le expresan su inquietud: «Tenemos jóvenes graduados en profesiones cualificadas que han aprobado sus exámenes tan sólo para dejar sus aulas y ponerse en la cola del paro con el resto de desempleados» (p. 81).

La recuperación de estas crónicas de viaje nos recuerda la vertiente abiertamente política de un cineasta que no cesó de renovar su compromiso con los más desfavorecidos a partir de la creación de un icono cultural que representa a la perfección la reclamación de una mayor justicia social. El poso del viaje que recoge *Un comediante descubre el mundo* se manifestaría en sus films posteriores, de una voluntad política tan explícita e incómoda que acabaría huyendo, esta vez de verdad, de Estados Unidos. Fuera de Hollywood seguiría trabajando en esa dirección de intervención, incluso en la escritura de sus memorias que, décadas después, siguen ofreciendo una valiosa hoja de ruta.

Manuel de la Fuente
EU-topías